

«RECIBE EL EVANGELIO DE CRISTO, DEL QUE ERES HERALDO»

Bienvenidos todos hermanos y hermanas, a nuestra celebración en esta fiesta de San Francisco de Asís, diácono, pobre y humilde.

Bienvenidos vosotros: Estanislao, Carmelo, Paco Antonio, Ramón, Juan, Francisco Javier, Santiago, Víctor y Francis, con vuestros familiares y amigos.

1. El diaconado es el primer grado del Sacramento del Orden:

- Diaconado
- Presbiterado
- Episcopado

Según el *Catecismo de la Iglesia Católica*, «el ministerio eclesiástico, instituido por Dios, está ejercido en diversos órdenes que ya desde antiguo reciben los nombres de obispos, presbíteros y diáconos. La doctrina católica, expresada en la liturgia, el magisterio y la práctica constante de la Iglesia, reconoce que existen dos grados de participación ministerial en el sacerdocio de Cristo: el episcopado y el presbiterado. El diaconado está destinado a ayudarles y a servirles. Por eso, el término *sacerdos* designa, en el uso actual, a los obispos y a los presbíteros, pero no a los diáconos. Sin embargo, la doctrina católica enseña que los grados de participación sacerdotal [episcopado y presbiterado] y el grado de servicio [diaconado] son los tres conferidos por un acto sacramental llamado *ordenación*, es decir, por el sacramento del Orden:

Que todos reverencien a los diáconos como a Jesucristo, como también al obispo, que es imagen del Padre, y a los presbíteros como al senado de Dios y como a la asamblea de los apóstoles: sin ellos no se puede hablar de Iglesia (San Ignacio de Antioquía)» (n. 1554).

2. La entrada en la viña del Señor, para trabajar en ella con dedicación es nobilísima. Se entra en ella con invitación previa. Invitación que se hace también a los pobres y a los sencillos, no sólo a los doctores, los sabios, los inteligentes. La Iglesia es de todos y para todos. La formamos todos los bautizados con Jesucristo a la cabeza. El Papa Benedicto XVI, en una *Jornada de Oración por las Vocaciones*, decía:

«Para responder a la llamada de Dios y ponernos en camino, no es necesario ser ya perfectos. Sabemos que la conciencia del propio pecado permitió al hijo pródigo emprender el camino del retorno y experimentar así el gozo de la reconciliación con el Padre. La fragilidad y las limitaciones humanas no son obstáculo, con tal de que ayuden a hacernos cada vez más conscientes de que tenemos necesidad de la gracia redentora de Cristo. Ésta es la experiencia de san Pablo, que declaraba: “Muy a gusto presumo de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo” (2 Co 12, 9)... El poder divino del amor cambia el corazón del hombre, haciéndole capaz de comunicar el amor de Dios a los hermanos. A lo largo de los siglos muchísimos hombres y mujeres, transformados por el amor divino, han consagrado la propia existencia a la causa del Reino. Ya a orillas del mar de Galilea, muchos se dejaron conquistar por Jesús... Otros fueron escogidos personalmente por Él y llegaron a ser sus apóstoles» (*Regina Coeli*, 7.5.2006).

Estad, pues, atentos a lo que pide la Iglesia para que deis una respuesta **libre, total, definitiva**. Se trata de la entrega de vuestra persona, de vuestra vida. Sé que, cuando hay que elegir, cuesta dejar todo lo demás porque se prefiere lo elegido a lo que dejamos. Pero por eso precisamente nuestra elección es responsable y es meritoria. Enumero:

- Elección de parte de Dios. Recordad las mediaciones, los momentos, las personas.
- Respuesta personal a dicha invitación/elección. Con dudas y vacilaciones, quizá, pero con decisión y valentía también.
- Compartiendo la fraternidad en un género de vida reservado a muy pocos.

- Colaborando en la misión de todos y haciendo posible, con vuestro ejemplo y vuestra ayuda, la respuesta personal de los demás.
- Sirviendo (*diaconía*) a la Palabra (Evangelio), al altar (Sacramentos), en la caridad (Amor).
- Mostrad siempre con vuestras obras la Palabra que proclamaréis con coherencia, fidelidad y amor!

Tenéis a dos pasos el sacerdocio –ya casi lo tocáis con las manos–, y seréis ministros, servidores, durante toda vuestra vida. Si la caridad no es genuina, no es auténtica, no es verdadera caridad.

En el atardecer de nuestra vida seremos examinados por el Amor acerca del amor. «Nadie te dirá –escribe san Agustín– al final de los tiempos: has esto o lo otro. Es ahora el momento de merecer, de redimir el tiempo, de vivir la vida, como el Maestro, haciendo el bien». Viviendo el celibato por el reino de los cielos. «No hay que amar la perpetua castidad –precisa el santo Obispo de Hipona– por las ventajas que reporta a la vida de este siglo, sino mirando a la vida futura que se nos promete en el reino de los cielos» (*Sobre la virginidad*, 22,22). Y en otro pasaje: «No os es lícito amar tibiamente a aquél por quien habéis renunciado a amar hasta lo que os es lícito» (*ibid.*, 55,56).

3. Diáconos permanentes y diáconos que os preparáis al presbiterado. «Desde el Concilio Vaticano II, la Iglesia latina ha restablecido el diaconado “como un grado particular dentro de la jerarquía”, mientras que las Iglesias de Oriente lo habían mantenido siempre. Este diaconado permanente, que puede ser conferido a hombres casados, constituye un enriquecimiento importante para la misión de la Iglesia. En efecto, es apropiado y útil que hombres que realizan en la Iglesia un ministerio verdaderamente diaconal, ya en la vida litúrgica y pastoral, ya en las obras sociales y caritativas, “sean fortalecidos por la imposición de las manos transmitida ya desde los Apóstoles y se unan más estrechamente al servicio del altar, para que cumplan con mayor eficacia su ministerio por la gracia sacramental del diaconado”» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1571).

El diaconado permanente, repito, no es algo nuevo en la Iglesia. La inspiración de llamar a algunos cristianos a cuidar de las necesidades materiales de los hermanos pobres de la comunidad nació en la Iglesia primitiva (cf. Hch 6,1-7). Los diáconos permanentes están insertados en su mundo profesional. Su ministerio es vivido cotidianamente en contacto con los demás, a quienes ofrecen un testimonio de solicitud y atención. Están en medio de los pobres, con los enfermos, los marginados, los desfavorecidos de todo orden. Ellos, haciendo resonar el clamor del pobre en el interior de la comunidad cristiana, invitan a la caridad y la ejercen en nombre de la parroquia o de la diócesis. Ésta es una de las tareas que se les encomiendan. Por su presencia en los diversos ámbitos de la vida social, los diáconos permanentes pueden aproximarse también a los que viven en las fronteras de la evangelización, a los alejados de la Iglesia, e invitarles a formar parte del mundo reconciliado con Dios, que es la Iglesia (cf. SAN AGUSTÍN, *Serm.* 96,8).

4. Termino mentando a nuestro querido Papa Juan Pablo II, que en una celebración eucarística decía a los nuevos diáconos:

«Para vosotros, diáconos, hay un mensaje particular esta mañana. Por vuestra sagrada ordenación habéis sido vinculados de modo especial al Evangelio de Cristo resucitado. Se os ha encargado prestar un tipo especial de servicio, diaconía, en el nombre del Señor resucitado. En la ceremonia de ordenación el obispo dice a cada uno de vosotros: "Recibe el Evangelio de Cristo, del que ahora eres heraldo. Cree lo que lees, enseña lo que crees y practica lo que enseñas"... Como los Apóstoles, también vosotros *os debéis sentir impulsados a proclamar la resurrección del Señor Jesús de palabra y con obras*. También vosotros debéis experimentar la urgencia de hacer el bien, de rendir servicio en el nombre de Jesús crucificado y resucitado, de llevar la Palabra de Dios a la vida de su pueblo santo.

Vuestro discipulado tendrá estas dos características: obediencia y gozo. Vuestra capacidad para comunicar el Evangelio dependerá de vuestra adhesión a la fe de los Apóstoles. La eficiencia de vuestra *diaconía* se medirá por la fidelidad de vuestra obediencia al mandato de la Iglesia... Estad seguros de que la misma potencia del Evangelio que proclamáis os colmará de la alegría más sublime posible.

Queridos diáconos: Os hablo como a hijos, hermanos y amigos. Hoy es día de gozo especial, compartido por familiares y amigos. *Pues que sea asimismo día de resoluciones especiales... renovad otra vez vuestra consagración eclesial a Jesucristo.* Y sabed que con inmenso amor os repito a vosotros y a vuestros hermanos diáconos de toda la Iglesia, las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: "Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio a toda criatura"» (21.4.1979).

Y recuerdo también a Benedicto XVI: a los diáconos permanentes de Roma, en el año 2006:

«Vuestro ministerio esté siempre al servicio de la edificación de la Iglesia como comunión. En vuestro trabajo os sostiene el afecto y la oración de vuestras familias. Vuestra vocación es una gracia particular para vuestra vida familiar, que de este modo está llamada a abrirse cada vez más a la aceptación de la voluntad del Señor y a las necesidades de la Iglesia. El Señor recompense la disponibilidad con la que vuestras esposas y vuestros hijos os acompañan en vuestro servicio a toda la comunidad eclesial» (*Discurso*, 18.2.2006).

Iglesia Diocesana, familia de Dios, que vive en la casa parroquial –ésta que hoy nos acoge se ha vestido de fiesta-, enhorabuena y felicidades!

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Rafael Palmero Ramos', with a small cross symbol to the left of the first letter.

✠ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante